



Cid Alarcón, Jorge Ignacio. "Duelo infraestructural y escritura de vida: archivo, cuerpo y lenguaje en la narrativa chilena contemporánea".
Estudios de Teoría Literaria. Revista digital: artes, letras y humanidades, julio de 2026, vol. 15, n° 37, pp. 19-32.

Duelo infraestructural y escritura de vida: archivo, cuerpo y lenguaje en la narrativa chilena contemporánea¹

Infrastructural Mourning and Life Writing:
Archive, Body, and Language in Contemporary Chilean Narrative

Jorge Ignacio Cid Alarcón²

ORCID: 0000-0002-9220-9957

Recibido: 17/04/2026 || Aprobado: 31/05/2026 || Publicado: 31/07/2026
ARK CAICYT: <https://id.caicyt.gov.ar/ark:/2ymu10e8h>

Resumen

Este artículo propone el concepto de duelo infraestructural para repensar las escrituras de vida en la narrativa chilena contemporánea. A partir del análisis de *Voyager* de Nona Fernández, *Poeta chileno* de Alejandro Zambra y *Sistema nervioso* de Lina Meruane, se sostiene que el duelo no debe entenderse como respuesta a una pérdida identificable, sino como una condición estructural que atraviesa la constitución de la subjetividad. Mediante una estrategia teórico-interpretativa basada en la lectura cercana y la comparación, el trabajo examina tres dimensiones: el archivo como forma de memoria fallida, el cuerpo como superficie de inscripción opaca y el hiato entre experiencia y lenguaje. Estas obras no representan pérdidas previas, sino que exponen la imposibilidad de capturar plenamente lo vivido. En este marco, la

Abstract

This article introduces the concept of infrastructural mourning to rethink life writing in contemporary Chilean narrative. Through the analysis of *Voyager* by Nona Fernández, *Chilean Poet* by Alejandro Zambra, and *Nervous System* by Lina Meruane, it argues that mourning should not be understood as a response to an identifiable loss but as a structural condition shaping subjectivity. Using a theoretical-interpretive approach based on close reading and comparison, the study examines three key dimensions: the archive as a form of failed memory, the body as an opaque surface of inscription, and the gap between experience and language. These works do not represent prior losses; rather, they expose the impossibility of fully capturing lived experience. In this framework, life writing no longer operates as restitution but as a practice that

¹ Este artículo ha sido producido en el marco del proyecto FONDECYT/ANID REGULAR N°1260685 titulado: "Cartografía crítica de las poéticas transgenéricas: performance, monstruosidad y archivo afectivo en las producciones literarias y performáticas trans de Chile y Argentina" del que el autor es investigador responsable.

² Doctor en Lengua y Literatura Romance por la Université de Poitiers. Ha trabajado como profesor investigador en la Université de Poitiers y la Université de Bordeaux. Actualmente es profesor del Departamento de Literatura de la Universidad Adolfo Ibáñez y pertenece al Centro de Estudios Americanos de dicha Universidad. Se desempeña como Asesor técnico del Ministerio de Educación y Cultura de Uruguay. Es autor de los libros *Cuerpos disidentes y escrituras en fuga. Poéticas trans, queer y neobarrosas del Cono Sur* Lemebel, Perlongher, Böttner y Mara Rita (Cuarto propio, 2025); *Derivas y tránsitos del neobarroco: Néstor Perlongher como morada de lenguas evanescentes* (RIL, 2022); *Una lengua en trance: Carmen Berenguer y Reynaldo Jiménez, poetas que nos interpelan* (Cuarto Propio, 2019); coautor junto a Luz Ángela Martínez de *Cuadernos del Barroco I, muestra de poesía chilena neobarroca* (Cuarto propio, 2025); y coeditor junto a Macarena Cordero de *Contrarreforma Católica, implicancias sociales y culturales: Miradas interdisciplinarias* (Cuarto Propio, 2019). Contacto: jorgeignaciocid@gmail.com



escritura de vida deja de operar como restitución para devenir práctica que evidencia una falla constitutiva. El artículo dialoga con tradiciones teóricas sobre tanatografía, espectralidad y subjetivación, proponiendo un desplazamiento del duelo desde el plano temático al estructural, con implicancias para los estudios sobre memoria, autoficción y narrativa latinoamericana contemporánea.

Palabras clave

duelo infraestructural; narrativa chilena contemporánea; escritura de vida; archivo y memoria; cuerpo y lenguaje.

reveals a constitutive failure. Engaging with theories of thanatography, spectrality, and subjectivation, the article shifts mourning from a thematic to a structural level, offering new insights for studies of memory, autofiction, and contemporary Latin American narrative.

Keywords

infrastructural mourning; contemporary Chilean narrative; life writing; archive and memory; body and language.

1. Introducción

La discusión contemporánea sobre las escrituras de vida se encuentra atravesada por una tensión que ya no puede resolverse en los términos clásicos de la representación. Si la autobiografía y sus derivas autoficcionales fueron durante mucho tiempo leídas como espacios de restitución de una experiencia, hoy resulta cada vez más evidente que buena parte de la narrativa contemporánea no confirma esa promesa, sino que la desestabiliza desde su propia forma. El problema no radica solo en la imposibilidad de decidir entre verdad y ficción, sino en algo más radical: la vida narrada comparece ya mediada por restos, lagunas, desplazamientos, opacidades corporales y desfases lingüísticos que impiden su plena captura. En ese marco, pensar el duelo únicamente como tematización de una pérdida, o como elaboración posterior a la muerte de un otro, se vuelve insuficiente para abordar textos en los que la pérdida no aparece como episodio, sino como condición de posibilidad de la subjetividad y de su inscripción. Este artículo sostiene que una zona decisiva de la narrativa chilena reciente obliga a reformular el problema del duelo, desplazándolo del plano de los contenidos narrativos al de las condiciones formales y ontológicas que hacen posible toda escritura de vida.

Ese es, precisamente, el vacío interpretativo que este artículo busca intervenir. La crítica reciente ha atendido con agudeza la expansión del espacio biográfico en la literatura latinoamericana, la indeterminación del pacto autoficcional y las políticas de la memoria en contextos posdictatoriales. No obstante, persiste una insuficiente atención a la dimensión formal de la falla: al modo en que ciertos textos construyen archivo, cuerpo y temporalidad como superficies de inscripción defectuosa; al modo en que el lenguaje no representa una experiencia previa, sino que expone la imposibilidad de fijarla; y al modo en que el duelo deja de funcionar como episodio elaborable para convertirse en estructura. En otras palabras, más que la ausencia de estudios sobre memoria, autoficción o cuerpo, lo que persiste es una sobrerrepresentación de enfoques temáticos que privilegian qué se pierde por sobre cómo la pérdida organiza la posibilidad misma de narrar. El problema no es, entonces, la escasez de lectura crítica, sino la necesidad de un desplazamiento conceptual capaz de conectar las teorías del duelo con las formas contemporáneas de la escritura de vida.

En este punto, la narrativa chilena reciente ofrece un laboratorio privilegiado para repensar el debate. *Voyager* de Nona Fernández, *Poeta chileno* de Alejandro Zambra y *Sistema nervioso* de Lina Meruane configuran un corpus heterogéneo, pero críticamente convergente, en el que memoria, parentesco, cuerpo, enfermedad, archivo y lenguaje se articulan bajo la forma de una imposibilidad constitutiva de inscripción. No se trata de tres textos que “tratan” el duelo en sentido convencional, sino de tres artefactos narrativos en los que la subjetividad emerge en relación con cortes de memoria, filiaciones inestables, síntomas sin legibilidad estable, errores de traducción, restos documentales y temporalidades diferidas. Su relevancia

no radica solo en su contemporaneidad ni en su pertenencia a un horizonte chileno atravesado por la posdictadura, la memoria cultural y el giro autobiográfico, sino en que vuelven legible una mutación decisiva: la escritura de vida ya no opera como promesa de restitución, sino como exposición de una falla que la precede.

A partir de este corpus, argumento que *Voyager*, *Poeta chileno* y *Sistema nervioso* configuran lo que denomino duelo infraestructural: no una respuesta a una pérdida identificable, sino una condición constitutiva de la subjetividad en la que vida, cuerpo y lenguaje emergen ya atravesados por una falla originaria de inscripción. Desde esta perspectiva, el duelo no comparece como objeto del relato, sino como su condición de posibilidad. Las obras no representan una pérdida previa, sino que hacen visible que toda escritura de vida se funda en la imposibilidad de captura plena de lo vivido. La apuesta teórica del artículo consiste, por tanto, en desplazar el duelo desde el plano temático al plano estructural, y en mostrar que ese desplazamiento permite releer de otro modo tanto las escrituras de vida contemporáneas como los debates sobre memoria, cuerpo y subjetividad en la literatura latinoamericana actual.

Tres conceptos organizan esta lectura. El primero, duelo infraestructural, designa una pérdida no objetual, no resolutive y persistente que no sobreviene a un sujeto ya dado, sino que interviene en su constitución misma. El segundo, cuerpo como archivo fallido, permite pensar la materialidad corporal no como soporte transparente de la experiencia, sino como superficie donde las huellas se inscriben de manera fragmentaria, excesiva o ilegible. El tercero, hiato entre experiencia y lenguaje, nombra el desfase constitutivo que impide que lo vivido coincida con su formulación verbal. Estos conceptos permiten abordar el corpus con mayor precisión que los enfoques centrados exclusivamente en memoria, trauma o autoficción, porque no presuponen una experiencia originaria susceptible de ser representada de manera más o menos fallida, sino que parten de la imposibilidad misma de esa plenitud. En este sentido, el artículo dialoga con la tanatografía barthesiana, la espectralidad derridiana, la pérdida sin objeto freudiana, la subjetivación foucaultiana y el devenir deleuziano, pero propone una articulación específica de esas tradiciones en el campo de la narrativa chilena contemporánea.

El artículo se organiza en cinco momentos. En primer lugar, delimita el problema teórico y formula el concepto de duelo infraestructural en diálogo con Barthes, Derrida, Freud, Foucault, Deleuze y con debates latinoamericanos sobre espacio biográfico, autoficción y memoria. En segundo lugar, explicita la estrategia metodológica que articula lectura cercana, comparación y problematización conceptual. En tercer lugar, analiza la relación entre archivo, memoria y falta, mostrando cómo el corpus desestabiliza la idea de memoria como reserva íntegra de identidad. En cuarto lugar, examina la figuración del cuerpo como archivo fallido, atendiendo a la opacidad del síntoma, la enfermedad y la materialidad afectiva. En quinto lugar, estudia el hiato entre experiencia y lenguaje, junto con la temporalidad no lineal y espectral que atraviesa las tres obras. A partir de ese recorrido, la conclusión vuelve sobre el desplazamiento central del artículo: en estas narrativas, el duelo no es aquello que la escritura tematiza, sino la condición que la funda.

2. El duelo como condición: hacia una teoría infraestructural de la escritura de vida

Este desplazamiento encuentra su fundamento en una tradición teórica que ha problematizado la relación entre vida, muerte y escritura más allá de su dimensión representacional. La afirmación de que toda escritura de vida comporta una dimensión tanatográfica no remite únicamente a la tematización de la muerte, sino a la imposibilidad de narrar la vida sin inscribir en ella su propia pérdida constitutiva (Barthes 131). En este marco, la escritura no reproduce una experiencia previa, sino que emerge en el mismo movimiento en que dicha experiencia se revela como irrecuperable.

La reflexión filosófica sobre la espectralidad radicaliza esta perspectiva al mostrar que la vida no se presenta como una presencia plena, sino como una forma de supervivencia atravesada por lo ausente. El sujeto no se relaciona con un objeto perdido que podría ser recuperado simbólicamente, sino con una ausencia que persiste como tal y que estructura su relación con el tiempo y con el lenguaje (Derrida 65). En este sentido, el duelo no se supera, sino que se habita.

En el campo latinoamericano, estas problematizaciones han adquirido una particular densidad en el marco del giro autobiográfico y de los estudios sobre autoficción. La noción de espacio biográfico ha permitido pensar la escritura del yo como un territorio inestable, en el que la identidad se construye a partir de fragmentos, desplazamientos y discontinuidades (Arfuch 78). En lugar de una subjetividad coherente, lo que emerge es una configuración atravesada por la imposibilidad de una representación plena.

En esta misma línea, los estudios sobre autoficción han insistido en la ambigüedad constitutiva del pacto autobiográfico, mostrando que la distinción entre verdad y ficción resulta insuficiente para dar cuenta de estas prácticas (Alberca 56; Amícola 92). Esta indeterminación no responde únicamente a una estrategia formal, sino que remite a una crisis más profunda de la relación entre experiencia y lenguaje.

Por otro lado, los debates sobre memoria y posmemoria en el contexto chileno han evidenciado cómo la experiencia de la pérdida se transmite de manera indirecta, configurando subjetividades atravesadas por una relación mediada con el pasado (Richard 102). Sin embargo, más que la recuperación de una memoria perdida, lo que estas perspectivas ponen en juego es la imposibilidad de su inscripción plena.

Este conjunto de debates permite situar el problema del duelo más allá de su comprensión como respuesta a una pérdida. En lugar de ello, se abre la posibilidad de concebirlo como una condición estructural que atraviesa las formas contemporáneas de subjetividad y escritura.

La noción de duelo infraestructural propone una torsión conceptual en este campo. A diferencia de las aproximaciones que sitúan el duelo en el nivel de los contenidos narrativos o de los procesos psíquicos, este concepto lo desplaza hacia el plano de las condiciones de posibilidad de la escritura de vida. El duelo no es aquello que se narra, sino aquello que hace posible la narración.

El duelo infraestructural se caracteriza, en primer lugar, por su carácter no objetual: no remite a la pérdida de un objeto identificable, sino a una falla en la inscripción de la experiencia. En segundo lugar, por su carácter no temporal: no se desarrolla como un proceso que pueda resolverse, sino que persiste como condición permanente. En tercer lugar, por su carácter material: se inscribe en el cuerpo y en el lenguaje, configurando modos específicos de subjetivación.

Desde esta perspectiva, la vida no puede pensarse como una presencia plena que luego sería afectada por la pérdida, sino como una forma de supervivencia atravesada desde el inicio por la ausencia. La escritura de vida no repara esta condición, sino que la expone. En este sentido, la intimidad no se presenta como un espacio transparente, sino como el lugar donde se hace visible la imposibilidad de coincidir consigo mismo.

La productividad del concepto de duelo infraestructural se evidencia en su aplicación al corpus. En primer lugar, permite leer las obras no como relatos sobre pérdidas específicas, sino como configuraciones en las que la subjetividad aparece atravesada por una falla constitutiva. El duelo no se presenta como evento, sino como condición.

En segundo lugar, la noción de cuerpo como archivo fallido permite analizar la materialidad de esta condición. El cuerpo no funciona como depósito estable de la experiencia, sino como una superficie en la que las huellas aparecen fragmentadas, distorsionadas o incluso

ausentes. La enfermedad, la inestabilidad o la disfunción no son elementos accesorios, sino manifestaciones de esa inscripción fallida.

Finalmente, el hiato entre experiencia y lenguaje se vuelve legible en las estrategias formales de las obras. La escritura no logra capturar la experiencia, pero es precisamente en la exposición de ese fracaso donde se juega su potencia. Las discontinuidades narrativas, las vacilaciones enunciativas y las tensiones discursivas evidencian que la vida no puede ser plenamente traducida en lenguaje.

En conjunto, estos conceptos permiten desplazar el análisis desde la representación de la pérdida hacia la exploración de las condiciones que hacen posible la escritura de vida. La contribución de este enfoque radica en mostrar que el duelo no es simplemente un tema de la literatura contemporánea, sino una estructura que configura la relación entre vida, cuerpo y lenguaje.

3. Estrategia de lectura: aproximación teórico-interpretativa al duelo como estructura

La delimitación del corpus responde a un criterio doble: por un lado, su inscripción en la narrativa chilena contemporánea, particularmente en el marco del giro autobiográfico y autoficcional; por otro, su capacidad de problematizar la relación entre vida y duelo más allá de la tematización explícita de la pérdida. *Voyager* de Nona Fernández, *Poeta chileno* de Alejandro Zambra y *Sistema nervioso* de Lina Meruane configuran un conjunto heterogéneo pero convergente en la medida en que desplazan el duelo desde un acontecimiento narrable hacia una condición estructural que atraviesa la experiencia.

El procedimiento analítico se basa en un *close reading* combinado con un enfoque comparativo y una problematización conceptual constante. La lectura no se limita a describir recursos formales, sino que los interpreta a la luz del marco teórico propuesto, en un movimiento de ida y vuelta entre texto y concepto. Así, la noción de duelo infraestructural no se aplica mecánicamente al corpus, sino que se pone a prueba en el análisis, ajustándose y precisándose en función de las singularidades de cada obra. La comparación entre los textos no busca establecer tipologías, sino identificar variaciones en la manera en que la falla de inscripción se materializa en diferentes configuraciones narrativas.

4.1. Archivo y memoria: la imposibilidad de conservar la experiencia

La operación más ostensiva del corpus consiste en desestabilizar la idea de memoria como almacenamiento íntegro, pero esta desestabilización no se limita a una crítica epistemológica del archivo: se configura como una condición ontológica de la subjetividad, en la que recordar ya implica fallar. En *Voyager*, la escena inaugural no presenta una memoria dañada que alguna vez fue completa, sino una memoria que nunca ha sido plenamente accesible. El episodio del desmayo no introduce una pérdida, sino que revela una estructura previa de interrupción:

Mi madre se desmaya. Sin aviso, sin razón aparente, de pronto cae al suelo y se desconecta por un breve momento. (...) cuando vuelve en sí no recuerda nada de lo ocurrido. [...] Ese mínimo instante de desconexión queda oculto en algún escondite de su cerebro. [...] Un coro de voces que aportan diversos detalles del momento del desmayo para que ella pueda recuperar, en parte, ese pedazo de vida escondido en un paréntesis de su cerebro. (Fernández 6-7)

Lo decisivo aquí no es la laguna mnémica en sí, sino el hecho de que la experiencia solo retorna como relato de otros. La memoria aparece desde el inicio como hetero-inscripción: el sujeto no recuerda, sino que es narrado. En términos derridianos, el archivo no precede a la huella, sino

que se constituye como suplemento: aquello que viene a completar una falta originaria que nunca fue plenitud (Derrida 65). El “coro de voces” no repara la pérdida; la instituye como condición de acceso a la experiencia. En este sentido, la subjetividad no se funda en una interioridad recuperable, sino en una exterioridad que la atraviesa.

Esta lógica se intensifica cuando la narradora define la identidad como archivo, solo para inmediatamente fracturar esa definición: “Ese archivo de recuerdos es lo más parecido a un registro de identidad. [...] Fragmentos discontinuos de algo, un montón desordenado de espejos rotos, una carga de pasado que en suma nos constituye” (Fernández 7).

La tensión entre “registro de identidad” y “espejos rotos” desactiva la ilusión de continuidad archivística. El archivo no organiza la experiencia: la dispersa. En clave barthesiana, podría decirse que la escritura de vida no conserva la vida, sino que la convierte en restos, en fragmentos que solo pueden articularse como una tanatografía, es decir, como escritura atravesada por la muerte desde su origen (Barthes 131). La memoria no pierde algo; nace ya como resto.

Este mismo principio se radicaliza en Sistema nervioso, donde el archivo no solo es fragmentario, sino activamente borrado. La desaparición de las huellas maternas no produce simplemente un vacío, sino una reorganización de la subjetividad en torno a ese vacío:

la segunda madre habría hecho desaparecer radiografías, fotografías y objetos de la madre biológica [...] hasta rematar a la madre genética con su olvido; [...] no haber visto su rostro había acabado por borrarlo. (Meruane 74–75)

Aquí el archivo no falla por exceso de fragmentación, sino por sustracción sistemática. Sin embargo, el efecto no es la eliminación del pasado, sino su intensificación como falta. La imposibilidad de ver el rostro no suprime la figura materna, sino que la transforma en una presencia espectral: aquello que no puede ser representado pero que insiste como estructura. En este punto, el duelo deja de ser reacción a una pérdida empírica y se convierte en lo que Freud identifica como una pérdida sin objeto claramente delimitable (Freud 245), aunque aquí desplazada del plano psíquico al plano infraestructural de la inscripción.

El archivo fallido no viene después del sujeto: lo produce. La narradora no pierde a la madre; se constituye como hija de una ausencia. En términos foucaultianos, esto implica que la subjetividad no se forma sobre un sustrato previo, sino en una red de inscripciones donde el cuerpo y la memoria funcionan como superficies de registro (Foucault 29). Sin embargo, estas obras introducen una torsión decisiva: esa superficie no garantiza inscripción, sino que evidencia su imposibilidad.

En *Poeta chileno*, esta lógica se desplaza del archivo material al archivo lingüístico, donde la falla se manifiesta como violencia de la denominación. La definición de “padrastró” no describe una relación, sino que la instituye negativamente:

padrastró [...] mal padre [...] obstáculo [...] inconveniente [...] la palabra no designa simplemente un lugar en la familia, sino que arrastra una carga semántica que define por defecto y por carencia, como si el vínculo estuviera condenado desde su misma inscripción en el lenguaje. (Zamora 67)

La palabra no nombra un vínculo preexistente, sino que lo produce como déficit. La filiación queda así atrapada en una estructura donde el lenguaje no asegura identidad, sino que la desestabiliza desde su inscripción. Esta tensión se vuelve explícita en la apropiación del término por parte de Vicente:

adoptó el término [...] para nombrar al hombre con quien compartía buena parte de su vida,
pero lo hacía precisamente para aclarar que no era su padre,
como si la palabra sirviera al mismo tiempo para acercarlo y alejarlo,
para reconocer una relación efectiva y, a la vez, marcar su insuficiencia,
dejando siempre abierta la distancia que intenta nombrar. (Zambra 76–77)

La nominación no resuelve la relación; la mantiene abierta como hiato. Aquí se vuelve operativa la dimensión deleuziana del devenir: la identidad no se fija, sino que se desplaza en un campo de relaciones inestables (Deleuze 11). El sujeto no es hijo o no-hijo, sino que habita una zona intermedia donde la filiación nunca se consolida plenamente. Este desplazamiento resulta crucial en el campo contemporáneo de las escrituras de vida. Si el espacio biográfico se ha expandido hacia formas fragmentarias e inestables (Arfuch 78), estas obras radicalizan esa tendencia al mostrar que no hay totalidad previa que fragmentar. La memoria no es incompleta porque algo se ha perdido: es incompleta porque la experiencia nunca se constituye como totalidad disponible. En este sentido, el duelo infraestructural no remite a lo que falta en el archivo, sino a la imposibilidad de que el archivo coincida con la vida.

La consecuencia es decisiva: la escritura de vida no aparece como recuperación del pasado, sino como práctica que expone la falla que hace posible toda inscripción. No se escribe para recordar lo perdido, sino porque nunca hubo acceso pleno a lo vivido. El duelo, entonces, no es un momento del relato: es su condición.

4.2. El cuerpo como archivo fallido: opacidad, síntoma e inscripción imposible

La figuración del cuerpo en Sistema nervioso no solo impugna su legibilidad clínica, sino que radicaliza la hipótesis de que toda inscripción corporal está atravesada por una falla constitutiva que impide su traducción en signo estable. El cuerpo no es aquí un soporte donde la enfermedad se manifiesta, sino una superficie en la que la inscripción misma fracasa al producirse, de modo que la experiencia queda retenida como intensidad sin forma. Este desajuste se vuelve particularmente visible en la escena en que la protagonista examina su propia espalda:

Rubor. Tumor. Calor. Dolor.

Esas eran las señas que Ella había rastreado en su propia espalda,
equilibrando un espejo entre su omóplato y la clavícula. No estaba
colorada. Ni hinchada ni caliente al tacto. No había rastro del daño
pero ahí estaba el dolor como otra piel.

En vez de llamar a su Padre marcó el número de Él, para compartir
con Él el enigma de la quemadura. (Meruane 11)

La enumeración de los signos clásicos de la inflamación -que remite a una tradición médica de lectura del cuerpo como superficie descifrable- es inmediatamente desmentida por su ausencia empírica. El cuerpo no confirma el saber que debería hacerlo legible. Sin embargo, el dolor insiste, desplazándose hacia una formulación que desborda la lógica del síntoma: “otra piel”. Esta expresión introduce una torsión decisiva, porque el dolor no es ya contenido del cuerpo, sino su duplicación. No hay una lesión que pueda localizarse, sino una sobrescritura sensible que no se deja capturar por el régimen de visibilidad. En este punto, el cuerpo se configura como un archivo fallido: conserva, pero no muestra; registra, pero no traduce.

La falla no radica, entonces, en la ausencia de inscripción, sino en su exceso ilegible. En términos de huella, lo que se inscribe no coincide nunca con lo que puede ser leído: hay siempre

un resto que escapa, una dimensión espectral que no se deja estabilizar en presencia. El dolor como “otra piel” no es interpretable, sino que insiste como aquello que desorganiza toda tentativa de interpretación. Desde esta perspectiva, el cuerpo no garantiza una verdad de la experiencia, sino que introduce una opacidad irreductible entre sensación y lenguaje, reinstalando el hiato que impide que la experiencia devenga plenamente narrable.

Esta misma imposibilidad se condensa en la formulación tentativa de la protagonista:

No había ningún indicio de que se hubiera quemado. Ni siquiera está rojo pero me arde, le explicó mientras se extendía pasta de dientes sobre torso espalda lenguas muertas. Él solo sabía de huesos desecados. No sé qué decirte, y su voz se sentía distraída o tal vez hostil. No podía prestarle ayuda desde la remota ciudad del congreso al que estaba asistiendo, pero Ella siguió hablando como si se hablara a sí misma. (Meruane 11)

Lejos de nombrar una patología, la frase evidencia el carácter conjetural del lenguaje frente a una experiencia que lo excede. “Me debo haber quemado por dentro” no describe, sino que imagina una inscripción inaccesible: el interior del cuerpo como cámara opaca donde algo ha ocurrido sin dejar huella visible. El “por dentro” señala precisamente el límite de la inscripción: aquello que no puede ser expuesto ni verificado. Se trata de una escena en la que el sujeto intenta producir un relato allí donde el cuerpo no ofrece signos suficientes, lo que revela que la relación entre experiencia y lenguaje no es de correspondencia, sino de desajuste estructural.

Este desajuste se duplica en el plano de la escritura, donde la tesis sobre agujeros negros funciona como correlato formal de la opacidad corporal:

Había empezado estudiando las órbitas elípticas y sus campos magnéticos, los cinturones de asteroides y los restos de supernovas milenarias; le había dedicado meses o tal vez años a los sistemas estelares más cercanos al sol buscando en vano planetas habitables y conjeturó la posición de astros parecidos a la tierra. Una cosa llevaba a la otra y refutaba la anterior, obligándola a reemprender su investigación. Su último esfuerzo lo dedicaría a las estrellas que ya habían perdido su luz. (Meruane 7-8)

La investigación científica, que debería producir conocimiento, queda atrapada en un movimiento de producción y anulación constante. La escritura no fija, sino que borra. El saber se organiza como una serie de intentos fallidos de inscripción, donde cada formulación se invalida en el mismo gesto que la produce. La analogía con los agujeros negros no es meramente temática: como ellos, la escritura absorbe sentido sin devolverlo en forma estable. Así, cuerpo y escritura se homologan como dispositivos que registran intensidades que no logran constituirse como forma.

La introducción del fármaco radicaliza esta lógica al inscribir el cuerpo en una economía donde toda inscripción es ambivalente: remedio, veneno, chivo expiatorio (Meruane 83).

La tríada no organiza una taxonomía, sino que desestabiliza la posibilidad misma de distinguir entre cura y daño. Lo que se inscribe como protección contiene simultáneamente la posibilidad de destrucción. El cuerpo aparece así como un espacio donde toda intervención es potencialmente doble, donde la inscripción nunca es pura, sino siempre contaminada por su reverso. Esta ambivalencia impide pensar el archivo corporal como acumulación de signos estables: cada huella está ya atravesada por la posibilidad de su propia negación.

En *Voyager*, esta lógica encuentra una formulación distinta pero convergente. El cuerpo materno no se define por las marcas visibles -los moretones-, sino por la desaparición de la experiencia:

A mi madre le angustia no recordar lo que pasa en esas pausas espacio temporales. Caer en medio de la calle, desplomarse en el asiento de la micro o en la fila del supermercado, le parece menos preocupante que perder minutos de lucidez y memoria. Esos hoyos negros que ahora merodean sus recuerdos diarios la inquietan más que los moretones que hereda cada vez que se desvanece. Entiendo a mi madre. (Fernández 6)

La jerarquía se invierte: lo visible pierde relevancia frente a lo que no puede ser inscrito. El cuerpo no es archivo de marcas, sino de interrupciones. La metáfora de los “hoyos negros” articula aquí una continuidad con Sistema nervioso: lo que define al cuerpo no es lo que contiene, sino lo que absorbe sin devolver. La experiencia desaparece sin dejar resto legible, pero esa desaparición misma se convierte en principio organizador de la subjetividad.

En *Poeta chileno*, el desplazamiento hacia la sexualidad introduce una variación específica de esta falla. El dolor de Carla no puede ser integrado en una narrativa de iniciación ni en un régimen de significación erótica:

Pese a que estudiaba en un colegio de monjas, su tormento no era religioso o metafísico, sino absolutamente físico, porque, simbolismos y pudores aparte, la penetración le había dolido más que la chucha: el mismo pene que solía meterse furtiva y alegremente a la boca y masajeaba a diario con bastante creatividad, se le aparecía ahora como un inclemente taladro traicionero. Nadie me lo va a meter nunca más, nunca. Ni el Gonza ni nadie. (Zamora 12)

La crudeza de la formulación insiste en la materialidad irreductible del dolor, que resiste su simbolización. La experiencia sexual no produce sentido, sino una disyunción entre cuerpo, deseo y lenguaje. El acto que debería inscribir un pasaje -de la infancia a la adultez, de la inexperiencia al conocimiento- fracasa como inscripción. El cuerpo no metaboliza la experiencia; la expulsa como resto traumático que no puede ser narrado sin residuo.

En los tres textos, el cuerpo aparece, así como un archivo fallido no porque carezca de inscripción, sino porque inscribe demasiado y demasiado poco al mismo tiempo: demasiado, porque retiene intensidades que no pueden ser traducidas; demasiado poco, porque no ofrece signos legibles que permitan su interpretación. Este doble movimiento produce un hiato estructural entre experiencia y lenguaje que ninguna mediación logra cerrar.

Desde esta perspectiva, el duelo infraestructural no se articula como respuesta a una pérdida identificable, sino como efecto de una inscripción siempre incompleta. El sujeto no pierde algo que alguna vez poseyó plenamente; se constituye en la imposibilidad de que el cuerpo -como archivo- garantice la coincidencia entre lo vivido y lo decible. El dolor, la enfermedad, la sexualidad y la memoria no remiten a contenidos que deban ser interpretados, sino a fallas que hacen posible -y al mismo tiempo imposible- toda forma de inscripción.

4.3. Temporalidad espectral: supervivencia, diferimiento y no linealidad del duelo

La temporalidad que emerge en estos textos no puede pensarse como una simple alteración del orden cronológico, sino como la desestabilización de la propia categoría de presente. Si la inscripción es fallida, como se ha sugerido, entonces también lo es la posibilidad de fijar un

“ahora” que funcione como punto de anclaje de la experiencia. En *Voyager*, esta desarticulación se formula a través de una pedagogía astronómica que no describe el universo, sino que reinscribe la subjetividad en una lógica espectral donde toda presencia es ya sobrevivencia:

Mientras lo hace nos explica [...] que todas aquellas luces lejanas que vemos brillar sobre nuestras cabezas vienen del pasado. Según la distancia de la estrella que la emita, podemos hablar incluso de miles de millones de años atrás. Reflejos de estrellas que pueden haber muerto o desaparecido. La noticia de eso no nos llega aún y lo que vemos es el brillo de una vida que quizá se extinguió sin que lo sepamos. Haces de luz que fijan el pasado ante nuestra mirada, como las instantáneas familiares que guardamos en un álbum fotográfico o las figuras del caleidoscopio de nuestra propia memoria. (Fernández 8)

La analogía entre luz estelar y memoria no funciona aquí como metáfora ilustrativa, sino como operación conceptual que reconfigura el estatuto del tiempo vivido. Ver es siempre ver lo que ya no es; recordar, correlativamente, no consiste en recuperar un pasado presente, sino en habitar una emisión diferida cuya fuente puede haber desaparecido. El presente queda así atravesado por una alteridad temporal irreductible: lo que aparece lo hace como huella, no como origen. La memoria no conserva, sino que reenvía.

Esta lógica se intensifica en la escena de la constelación dedicada a las víctimas de la Caravana de la Muerte, donde el gesto de nombrar estrellas no restituye cuerpos ni biografías, sino que produce una visibilidad que depende de la distancia y del retraso. La inscripción celeste no clausura el duelo; lo desplaza hacia una forma de archivo que, al mismo tiempo que preserva, consagra la imposibilidad de restitución. Nombrar a los muertos en el cielo no los devuelve a la comunidad de los vivos, sino que los inscribe en un régimen de aparición donde su presencia depende de su ausencia. La comunidad que se articula en torno a esa constelación no se funda en una memoria compartida plenamente accesible, sino en la circulación de restos luminosos cuya legibilidad nunca es completa.

En este punto, el duelo deja de ser un proceso que se “supera” para devenir condición de posibilidad de lo común: lo que vincula no es la presencia de un objeto compartido, sino la exposición a una pérdida que no puede ser delimitada. La temporalidad espectral no es, entonces, un efecto secundario de la pérdida, sino su forma misma de inscripción.

En Poeta chileno, esta lógica se desplaza hacia el campo de la filiación, donde el tiempo no se organiza según una secuencia biológica o jurídica, sino como una serie de persistencias afectivas que desbordan cualquier criterio de origen. La escena en la que Vicente interroga la duración del vínculo con el padrastro condensa esta indeterminación:

—¿Y tú crees que alguien que fue padrastro durante un tiempo sigue siendo padrastro para siempre?

—Si tú quieres, sí —dijo Parra.

Vicente se quedó pensando en esa respuesta, que no le parecía una respuesta sino una invitación.

Pensó en Gonzalo, en los años compartidos, en los libros que le había dejado, en los correos que todavía releía.

Pensó que tal vez eso bastaba.

Que tal vez no había otra cosa. (Zambra 273)

La fórmula “si tú quieres” no introduce una libertad soberana del sujeto, sino que evidencia la ausencia de una ley que pueda garantizar la continuidad del vínculo. La filiación no se hereda ni se instituye; se sostiene precariamente en una serie de prácticas -leer, recordar, conservar

objetos- que no aseguran su permanencia. El padrastró no “sigue siendo” en sentido ontológico; persiste como resto en una economía afectiva que no puede cerrarse.

La insistencia en los libros como vestigios -“solitarios sobrevivientes de una catástrofe”- (Zambra 180) refuerza esta idea: la herencia no transmite una identidad, sino un conjunto de huellas cuya interpretación nunca es definitiva. Leer esos libros “como se lee un expediente” implica asumir que el sentido no está dado, sino que debe ser reconstruido a partir de indicios fragmentarios. La subjetividad de Vicente no se constituye a partir de una continuidad biográfica, sino de una relación con restos que no terminan de integrarse en un relato coherente.

Esta forma de temporalidad afecta directamente la posibilidad de pensar el duelo en términos freudianos clásicos: no hay aquí un objeto claramente identificable cuya pérdida deba ser elaborada, sino una serie de vínculos que persisten en su propia indeterminación. La melancolía no se presenta como patología, sino como estructura: el sujeto queda adherido a aquello que no puede ni perder del todo ni recuperar plenamente.

En Sistema nervioso, la desarticulación temporal adquiere una dimensión corporal que radicaliza aún más esta problemática. La coexistencia de capas temporales heterogéneas no se organiza en una narración retrospectiva, sino que se experimenta como simultaneidad conflictiva:

Enfermar: se lo iba a pedir a la madre que la parió, la madre genética y ya difunta.
La que no llegó a conocer.
La invocaba siempre para lo difícil.
[...] Prométeme que estudiará lo que Ella quiera [...]murmuró con voz vacilante pero segura de que se iba a morir.
[...]
No sabía para qué le había mentido, pero eso también era mentira. (Meruane 9)

La madre muerta antes del recuerdo no pertenece al pasado en sentido estricto: opera como instancia activa en el presente, como interlocutora de un deseo (“enfermar”) que no puede formularse en otro registro. La invocación no restituye una figura perdida, sino que la produce como espectro que organiza decisiones actuales. El pasado no precede al presente; lo atraviesa.

La escena del pacto con el padre introduce otra torsión: la promesa hecha a la madre moribunda se prolonga en el tiempo como una deuda que no puede saldarse, y que se reactualiza en la mentira de la protagonista (“ya defendí papá”). La temporalidad aquí no es lineal ni circular, sino insistente: un mismo enunciado (“prométeme”) retorna bajo formas distintas sin agotarse nunca. El tiempo del sistema es el de una repetición que no coincide consigo misma.

Esta lógica reverberante se encuentra ya anticipada en el epígrafe: “Un sistema no tiene una sola historia sino todas las historias posibles” (Meruane 6). La multiplicidad no implica coexistencia armónica, sino interferencia: cada historia posible desestabiliza a las otras, impidiendo la consolidación de un relato único. La subjetividad se configura, así como un campo de fuerzas temporales en tensión, donde el presente no logra imponerse como instancia de síntesis.

En este marco, el cuerpo mismo deviene archivo fallido: los síntomas -el ardor, el adormecimiento, la parálisis- no remiten a un origen localizable, sino que condensan temporalidades heterogéneas que no pueden ser ordenadas. El diagnóstico médico, siempre diferido o contradictorio, no logra fijar una causa porque la causalidad misma se encuentra desarticulada. El cuerpo no guarda una historia; la dispersa.

Lo que estos textos ponen en escena, en última instancia, es una temporalidad donde la pérdida no puede ser situada como evento pasado, porque constituye la condición misma de toda experiencia temporal. El duelo infraestructural no acontece en el tiempo: lo produce como hiato, como desfase irreductible entre lo que ocurre y lo que puede inscribirse. En esa medida,

la subjetividad no “atraviesa” el duelo, sino que emerge como el efecto siempre inestable de una supervivencia sin origen pleno, donde cada presente está ya habitado por aquello que no termina de llegar.

5. Escribir desde la pérdida: hacia una teoría del duelo como estructura

La lectura propuesta ha permitido desplazar de manera decisiva el estatuto del duelo en las escrituras de vida contemporáneas, no como un contenido tematizable ni como una experiencia posterior a la pérdida, sino como una condición estructural que antecede y posibilita toda forma de inscripción. En este sentido, el análisis del corpus ha mostrado que aquello que tradicionalmente se ha pensado como memoria, cuerpo y lenguaje no funciona como soporte de una experiencia recuperable, sino como dispositivos atravesados por una falla constitutiva. La memoria no se presenta como archivo íntegro susceptible de reconstrucción, sino como una trama de discontinuidades en la que recordar implica siempre reinscribir desde la falta; el cuerpo, lejos de garantizar una materialidad legible, se configura como una superficie donde la inscripción se vuelve opaca, excesiva o insuficiente; y el lenguaje, finalmente, no media la experiencia, sino que la produce como diferimiento, evidenciando un hiato que impide toda coincidencia plena entre lo vivido y lo decible.

El principal aporte de este trabajo radica, precisamente, en haber desplazado el problema del duelo desde el nivel de los contenidos narrativos hacia el de las condiciones de posibilidad de la escritura. Este giro implica una reformulación del campo de las escrituras de vida contemporáneas: ya no se trata de textos que elaboran pérdidas identificables, sino de dispositivos que exponen la imposibilidad de inscripción que constituye tanto al sujeto como a su relato. De este modo, la noción de duelo infraestructural permite intervenir en una tradición crítica que, incluso en sus versiones más sofisticadas, ha tendido a conservar la idea de una experiencia originaria susceptible de ser simbolizada. Frente a ello, el corpus analizado muestra que no hay tal origen plenamente accesible: la pérdida no acontece en el tiempo de la narración, sino que habita desde el inicio la relación entre vida, cuerpo y lenguaje.

Este desplazamiento resulta particularmente relevante en el contexto actual de la teoría literaria, donde la crisis de la representación ha tensionado las categorías clásicas de la autobiografía. Si, como ha señalado Barthes, toda escritura de vida comporta una dimensión tanatográfica (Barthes 131), lo que estos textos radicalizan es que dicha dimensión no se limita a la inscripción de la muerte, sino que afecta la posibilidad misma de narrar la vida. En diálogo con los estudios sobre autoficción (Alberca; Amícola), esto implica que la indeterminación entre verdad y ficción no responde únicamente a una estrategia formal, sino a una imposibilidad estructural de estabilizar la experiencia en el lenguaje. Asimismo, en el marco del giro afectivo y corporal, la centralidad del cuerpo como archivo fallido desplaza la atención desde la representación del dolor hacia la opacidad de su inscripción, mostrando que hay una dimensión de la experiencia que resiste toda traducción discursiva.

En el contexto chileno, estas problematizaciones adquieren una densidad específica al inscribirse en los debates sobre memoria y posmemoria. Sin embargo, a diferencia de enfoques que privilegian la reconstrucción del pasado, las obras analizadas tensionan la posibilidad misma de esa reconstrucción. Como sugiere Richard, la memoria se activa en relación con un presente disconforme, pero aquí esa activación no conduce a la restitución, sino a la exposición de una falta irreductible. La temporalidad espectral que atraviesa el corpus -donde el presente aparece habitado por restos de un pasado que nunca se presenta plenamente- desarticula la lógica lineal del duelo y lo convierte en una condición de la experiencia temporal misma.

A partir de estos resultados, se abren diversas líneas de investigación que permiten proyectar la productividad del concepto de duelo infraestructural más allá del corpus analizado. En primer lugar, resulta pertinente explorar su aplicabilidad en otros contextos

latinoamericanos, particularmente en narrativas atravesadas por experiencias de violencia política o desplazamiento, donde la imposibilidad de inscripción podría adquirir configuraciones específicas. En segundo lugar, la relación entre enfermedad y escritura -ya esbozada en Sistema nervioso- ofrece un campo fértil para profundizar en la articulación entre cuerpo, afecto y lenguaje, especialmente en el marco de los estudios críticos de la medicina y la discapacidad. Finalmente, una línea particularmente prometedora consiste en examinar las políticas del archivo desde esta perspectiva, interrogando no solo qué se conserva o se pierde, sino las condiciones mismas que hacen posible -o imposible- toda forma de conservación.

Aceptar esta hipótesis implica una reconfiguración sustantiva del campo crítico. Si el duelo no es un contenido sino una condición, entonces las lecturas que buscan identificar objetos perdidos, procesos de elaboración o narrativas de superación resultan insuficientes para dar cuenta de estas escrituras. Más aún, la propia categoría de “representación” se vuelve problemática: no hay una experiencia previa que el lenguaje pueda representar de manera más o menos fiel, sino una relación constitutivamente fallida entre lo vivido y su inscripción. En este sentido, lo que queda obsoleto no es solo una concepción temática del duelo, sino una epistemología de la escritura de vida fundada en la posibilidad de acceso a una interioridad recuperable.

Lo que emerge, en cambio, es una concepción de la subjetividad como efecto de una serie de inscripciones siempre incompletas, donde la vida no precede a su narración, sino que se constituye en la imposibilidad de coincidir consigo misma. En este marco, la escritura de vida no repara la pérdida ni la simboliza: la expone como aquello que hace posible toda forma de decir. Asumir esta perspectiva no implica clausurar la discusión, sino desplazarla hacia un terreno en el que la literatura deja de ser el espacio de la representación de la experiencia para devenir el lugar donde se hace visible su imposibilidad constitutiva. Y es precisamente en esa imposibilidad -en ese hiato irreductible- donde se juega, hoy, la potencia crítica de las escrituras de vida contemporáneas.

Obras citadas

- Alberca, Manuel. *El pacto ambiguo. De la novela autobiográfica a la autoficción*. Prólogo de Justo Navarro, Biblioteca Nueva, 2007.
- Amícola, José. *Autobiografía como autofiguración. Estrategias discursivas del yo y cuestiones de género*. Beatriz Viterbo Editora / CINIG, 2007.
- Arfuch, Leonor. *El espacio biográfico. Dilemas de la subjetividad contemporánea*. Fondo de Cultura Económica, 2002.
- Barthes, Roland. *La preparación de la novela. Notas de cursos y seminarios en el Collège de France, 1978-1979 y 1979-1980*. Editado por Nathalie Léger, prólogo de Beatriz Sarlo, traducido por Patricia Willson, Siglo XXI, 2005.
- Deleuze, Gilles. *Crítica y clínica*. Traducido por Thomas Kauf, Anagrama, 1996.
- Derrida, Jacques. *Cada vez única, el fin del mundo*. Textos presentados por Pascale-Anne Brault y Michael Naas, traducción y posfacio de Manuel Arranz, epílogo de Jean-Luc Nancy, Pre-Textos, 2005.
- Fernández, Nona. *Voyager*. Random House, 2020.
- Foucault, Michel. *La hermenéutica del sujeto*. Curso en el Collège de France, 1981-1982. Edición establecida por Frédéric Gros, bajo la dirección de François Ewald y Alessandro Fontana, traducido por Horacio Pons, Fondo de Cultura Económica, 2002.
- Freud, Sigmund. “Duelo y melancolía.” *Obras completas*, vol. 14, traducido por José Luis Etcheverry, Amorrortu, 2013, pp. 241-55.

Meruane, Lina. *Sistema nervioso*. Literatura Random House, 2018.

Richard, Nelly. *Crítica de la memoria (1990-2010)*. Ediciones Universidad Diego Portales, 2010.

Zambra, Alejandro. *Poeta chileno*. Anagrama, 2020.